NEW LEFT REVIEW 158

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2026

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN — La guerra del Golfo de Trump — 9

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER — ¿Más allá del neoliberalismo? — 29

NANCY FRASER — Gaza como acontecimiento mundial — 57

ENTREVISTA

RICHARD OVERY & TOM STEVENSON — Repensar la Segunda Guerra Mundial — 75

ARTÍCULOS

LOÏC WACQUANT — Contra el abolicionismo — 111

MARCUS VERHAGEN — El arte de la contramemoria — 133

CRÍTICA

SEBASTIAN VEG — Tres perspectivas sobre Hong Kong — 145

THOMAS MEANEY — Las promesas de Occidente — 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

NATHAN SPERBER

¿MÁS ALLÁ DEL NEOLIBERALISMO?

Ideología, política, régimen, clase

La cuestión de si el neoliberalismo está saliendo de la escena histórica se plantea de nuevo con cada convulsión económica y política; sin embargo, sigue sin haber una respuesta convincente. De hecho, los diagnósticos enfáticos sobre la inminente desaparición del neoliberalismo han acompañado todo su recorrido histórico, incluso en los momentos más inverosímiles, y así, por ejemplo, Eric Hobsbawm escribió en 1998 que «el globo neoliberal se está desinflando visiblemente»[1]. Desde la crisis financiera mundial de 2008, tales veredictos han proliferado y se han hecho más contundentes, incluyendo en su argumentación entre otros acontecimientos, la Gran Recesión, el Brexit, la primera presidencia de Trump, la pandemia de la COVID-19, el desafío «geoeconómico» del auge de China, la «*bidenomics*», el caos climático, la guerra de Ucrania y, por último, el regreso de Trump con las consiguientes convulsiones comerciales y agresiones militares.

Entre las contribuciones más destacadas, centradas en el caso estadounidense, David Kotz ha argumentado en estas páginas que el régimen neoliberal de acumulación se ha visto sumido en una crisis estructural de estancamiento desde la crisis de 2008 de la que solo la «construcción de un nuevo régimen institucional» podría suponer una ruptura[2]. Gary Gerstle, en su obra *Rise and Fall of the Neoliberal Order*, describe el neoliberalismo como un orden político, es decir, una «constelación de

[1] Eric Hobsbawm, «The Big Picture: The Death of Neo-liberalism», *Marxism Today*, número especial, noviembre-diciembre de 1998, p. 8.
[2] David Kotz, «¿El fin de la era neoliberal?», *NLR* 113, noviembre-diciembre de 2018, p. 32.

ideologías, políticas y grupos de interés», que acabó fracturándose a lo largo del accidentado camino que corre de la crisis de 2008 a la pandemia y los disturbios del Capitolio del 6 de enero de 2021[3]. Más recientemente, al analizar los factores determinantes y las posibles repercusiones de las guerras comerciales de Trump, Lee Jones ha escrito sobre la «decadencia acelerada» del orden neoliberal, como lo demuestran el vaciamiento de la base industrial de Estados Unidos, el debilitamiento de la capacidad del Estado y el desmoronamiento de la hegemonía global[4].

En el lado opuesto del debate, muchas intervenciones han hecho hincapié en la persistencia y la adaptación. Colin Crouch y Philip Mirowski publicaron sendos libros memorables tras la crisis financiera de 2008 en los que destacaban la siniestra tendencia de la doctrina neoliberal a ser reformulada como la verdadera solución a los fallos económicos y a los desórdenes financieros causados por la adopción de sus preceptos[5]. En un ensayo reciente, Perry Anderson ha observado que «los oponentes contemporáneos del neoliberalismo siguen, en su mayor parte, haciendo de tripas corazón», ya que «poco ha cambiado en las fuerzas motrices y contradicciones subyacentes del sistema que este ha creado»[6]. Además, se ha presentado una impresionante variedad de calificativos para caracterizar la reinvención del neoliberalismo desde 2008: neoliberalismo «zombi» (Jamie Peck), neoliberalismo «autoritario» (Ian Bruff), neoliberalismo «punitivo» (William Davies), neoliberalismo «mutante» (William Callison y Zachary Manfredi) y neoliberalismo «militarizado» (Trissia Wijaya y Kanishka Jayasuriya)[7].

---

[3] Gary Gerstle, *The Rise and Fall of the Neoliberal Order: America and the World in the Free Market Era*, Nueva York, 2022, p. 2; ed. cast.: *Auge y caída del orden neoliberal*, Barcelona, 2023.

[4] Lee Jones, «Trump's Tariff Gamble and the Decay of the Neoliberal Order», *American Affairs*, vol. 9, núm. 2, verano de 2025.

[5] Colin Crouch, *The Strange Non-death of Neoliberalism*, Cambridge, 2011 [ed. cast.: *La extraña no-muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires, 2013]; Philip Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Londres y Nueva York, 2013; ed. cast.: *Nunca dejes que una crisis te gane la partida: ¿cómo ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la crisis, salir indemne de la misma?*, Barcelona, 2014.

[6] Perry Anderson, «Regime Change in the West?», *London Review of Books*, vol. 47, núm. 6, 3 de abril de 2025.

[7] «Al parecer, el cerebro hace tiempo que dejó de funcionar, pero las extremidades siguen moviéndose, y muchos de los reflejos defensivos también parecen funcionar. Los muertos vivientes de la revolución del libre mercado siguen vagando por la tierra», Jamie Peck, «Zombie Neoliberalism and the Ambidextrous State», *Theoretical Criminology*, vol. 14, núm. 1, 2010, p. 109; Ian Bruff, «The Rise of Authoritarian Neoliberalism», *Rethinking Marxism*, vol. 26, núm. 1, 2014; William Davies, «El

¿Qué debemos pensar, entonces, del estado actual de «la ideología política más exitosa de la historia mundial»?[8]. En las páginas siguientes se sugerirá que el patrón de acumulación –financiarizado, globalizado e impulsado por las elites– surgido del ascenso del neoliberalismo a finales del siglo XX perdura y que tal vez no sea tan frágil o decrépito como piensan algunos de sus detractores. Al mismo tiempo, sin embargo, el neoliberalismo como doctrina política se ha desmoronado a fecha de hoy en Occidente. Los preceptos económicos y las temáticas intelectuales del neoliberalismo han sido descartados o han sobrevivido solo para hibridarse con sus opuestos, lo que ha dado lugar a mezclas programáticas y discursivas, que ya no son claramente neoliberales (aunque tampoco pueden calificarse de keynesianas, de *laissez-faire* o de *dirigistes,* ni ajustarse a ningún otro término de la nomenclatura histórica). Este proceso de disolución doctrinal se ha producido, porque las clases dirigentes occidentales, ante una serie de acontecimientos desestabilizadores, que se extienden de 2008 a la actualidad, han decidido prescindir de los principios y violar sus normas, una tras otra, en una sucesión de iniciativas políticas destinadas sobre todo a preservar el patrón de acumulación establecido. La pérdida de integridad intelectual resultante se ajusta bastante bien, por el momento, a los intereses de los grandes conglomerados empresariales y a los de las clases dominantes. A los estudiosos les puede resultar difícil aceptar la ausencia de un paradigma coherente en cuanto a las políticas aplicadas; los acumuladores de capital tienen menos reparos.

I. DELIMITACIONES

Cualquier intento de explorar la situación actual del neoliberalismo debe lidiar con los tensos límites definitorios del concepto. Una rica literatura académica en el campo de la historia intelectual ha rastreado las genealogías de las corrientes de la doctrina neoliberal en la Alemania y Austria de principios del siglo XX, junto con sus reformulaciones y

nuevo neoliberalismo», *NLR* 101, noviembre-diciembre de 2016; William Callison y Zachary Manfredi, «Introduction: Theorizing Mutant Neoliberalism», en William Callison y Zachary Manfredi (eds.), *Mutant Neoliberalism: Market Rule and Political Rupture*, Nueva York, 2020 [ed. cast.: *Neoliberalismo mutante: Gobierno del mercado y ruptura política*, Buenos Aires, 2024]; Trissia Wijaya y Kanishka Jayasuriya, «Militarized Neoliberalism and the Reconstruction of the Global Political Economy», *New Political Economy*, vol. 29, núm. 4, 2024.

[8] Perry Anderson, *Idées-forces*, *NLR* 151, marzo-abril de 2025, p. 37.

sus vías transnacionales de difusión hasta las revoluciones reaganiana y thatcheriana de la década de 1980[9]. Este no es el lugar para explorar las particularidades de los componentes ideológicos del neoliberalismo, tal y como se detallan en esos análisis. Basta con decir que son muchos y abarcan varios ámbitos, desde la filosofía política (por ejemplo, una concepción de la libertad humana arraigada en las libertades de mercado) hasta el diseño constitucional (como aislar la banca central de la arena política), la ciencia administrativa (la regulación de los mercados para garantizar una competencia neutral y unas «condiciones de igualdad»), la defensa de determinadas políticas (la privatización de activos públicos o la reducción de las barreras comerciales), la lucha de clases (el antisindicalismo y el recorte de las políticas de bienestar), los fenómenos macroeconómicos (la financiarización, la globalización) y las subjetividades microsociales (alimentadas por las culturas del espíritu emprendedor y el consumismo). Una característica importante que se desprende de este amplio panorama es que, a diferencia de las corrientes más clásicas del liberalismo, y contrariamente a la percepción popular, la doctrina neoliberal ha tenido como objetivo no tanto el debilitamiento o la retirada del Estado como su reconversión en un guardián eficaz del orden de mercado, lo cual ha producido no tanto una desregulación como una «rerregulación» de la vida económica, de conformidad con sus preceptos[10].

Los atributos constitutivos del neoliberalismo podrían considerarse relacionados entre sí según una lógica wittgensteiniana de «parecido familiar»: ninguno de ellos, tomado individualmente, es suficiente para determinar la instauración del neoliberalismo; sin embargo, cualquier combinación de un número suficientemente elevado de ellos en una formación social concreta debería hacer plausible la afirmación de su existencia en esa formación social. Sin duda, las manifestaciones del neoliberalismo a lo largo del tiempo y el espacio durante el último medio

[9] Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, Cambridge (MA), 2009; Dieter Plehwe *et al.* (eds.), *Nine Lives of Neoliberalism*, Londres y Nueva York, 2020 [ed. cast.: *Las siete vidas del neoliberalismo*, Santiago de Chile, 2023]. Véase también Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neoliberal Society* [2009], Nueva York, 2013; ed. orig.: *La nouvelle raison du monde: Essai sur la société néolibérale*, París, 2009; ed. cast.: *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, 2013.

[10] «El proyecto neoliberal, ante todo, reajusta e instituye un conjunto alternativo de disposiciones infraestructurales; nunca borra el pasado para acercarse a la tabula rasa del *laissez-faire*», P. Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, cit., p. 16.

siglo han sido desiguales y variadas[11]. Al mismo tiempo, este criterio de «parecido familiar» implica que, por debajo de un cierto umbral, la presencia de fragmentos dispersos y supervivientes del neoliberalismo, que no logran cohesionarse en un todo reconocible, no debe confundirse con la cosa en sí. El neoliberalismo puede ser «mutante» por su propia naturaleza y conviene, pues, tener presente que «los mutantes son nuevas formas de vida que buscan sobrevivir en un entorno cambiante»[12]. Sin embargo, ampliando la metáfora, también conviene no olvidar que a medida que se acumulan las mutaciones, las especies cambian. También hay que decir que el neoliberalismo no es en absoluto coextensivo con el propio capitalismo. Ambos operan en escalas temporales, espaciales y ontológicas diferentes: el capitalismo es un modo de producción que se extiende a lo largo de siglos y abarca todo el planeta; el neoliberalismo denota a lo sumo un «periodo» de este modo de producción, que abarca unas pocas décadas y solo determinadas partes del mundo[13].

Una vez sentadas estas premisas conceptuales y con el fin de explorar qué está vivo y qué ha muerto en el neoliberalismo actual en Occidente, deben distinguirse tres dimensiones fundamentales. Estas son, en primer lugar, los discursos políticos y las ideologías; en segundo, las políticas e intervenciones económicas; y finalmente, los acuerdos macroinstitucionales, que configuran los patrones generales de la acumulación capitalista. Las siguientes secciones abordan estos aspectos sucesivamente.

---

[11] Esta variabilidad es captada por Neil Brenner y sus coautores: «La neoliberalización se lleva a cabo sobre todo a través de lo que podría denominarse *parametrización*. Se implementa, consolida y reproduce mediante un complejo de reordenamientos jurídico-institucionales globales, multilaterales y supranacionales, que imponen parámetros nuevos y relativamente circunscritos [...] para la experimentación regulatoria implementada en lugares, territorios y escalas subordinados», Neil Brenner *et al.*, «Variegated Neoliberalization: Geographies, Modalities, Pathways», *Global Networks*, vol. 10, núm. 2, 2010, p. 194. Véase también Quinn Slobodian y Dieter Plehwe (eds.), *Market Civilizations: Neoliberals East and South*, Nueva York, 2022.

[12] W. Callison y Z. Manfredi, «Introduction: Theorizing Mutant Neoliberalism», cit., p. 4.

[13] «Aunque resulte realmente inofensivo en el discurso político cotidiano, la sustitución del capitalismo como tal por un "neoliberalismo" mal definido no solo corre el riesgo de barrer los conocimientos adquiridos tras más de un siglo de investigación sobre la dinámica de este último como modo de producción y reproducción, sino que también difumina el hecho de que las prácticas pueden ser "posneoliberales", pero decididamente capitalistas», Susan Watkins, «Cambios de paradigma», *NLR* 128, mayo-junio de 2021, p. 9.

2. DISCURSO

A menudo se señala que los tropos dominantes de la política occidental han experimentado un cambio significativo en los últimos años, a medida que las sensibilidades ideológicas de la edad de oro del neoliberalismo, que corre de la década de 1980 a la de 2000, se desvanecen en la memoria colectiva. Sin duda, las encarnaciones discursivas de la doctrina neoliberal nunca han sido estáticas y, por lo general, se han visto influidas por orientaciones partidistas, características nacionales y coyunturas a corto plazo, pudiéndose identificar, sin embargo, varias temáticas neoliberales predominantes, entre ellas las siguientes: la afirmación de los efectos liberadores de los mercados sobre el individuo, la exaltación del espíritu de la iniciativa privada, la valoración de la apertura internacional y la presentación de la globalización económica como una oportunidad, la descripción de la racionalidad económica como algo ajeno al ámbito de la política y la aplicación de un criterio monetario a todas las esferas de la experiencia humana.

Ninguna de estas temáticas ha desaparecido exactamente del panorama ideológico de Occidente, habiendo perdido, sin embargo, todas ellas centralidad y relevancia en los últimos veinte años. Aunque todavía se invocan ocasionalmente, parecen estar adquiriendo un carácter más partidista, lo que pone de relieve el hecho de que ya no se aceptan como el sentido común, o el ruido de fondo, de la época. Al mismo tiempo, desde 2008, las sucesivas experiencias de crisis financiera, recesión, austeridad, pandemia e inflación resurgente, junto con el aparentemente inexorable recrudecimiento de las tensiones geopolíticas, se han combinado para llevar a primer plano en las esferas públicas occidentales un orden de discurso político profundamente discordante con el neoliberalismo, que han otorgado protagonismo a asuntos como la soberanía, la resiliencia, la protección, la defensa y la guerra, objeto esta de una incesante conversación, aunque rara vez se experimente directamente.

Paolo Gerbaudo ha calificado la retórica de la supuesta era posneoliberal de «neoestatismo»[14]. De acuerdo con su interpretación, los tres significantes maestros de este nuevo panorama discursivo son «soberanía», «protección» y «control». El neoestatismo, escribe, «se ha convertido en la nueva normalidad política, una metaideología, que influye en

[14] Paolo Gerbaudo, *The Great Recoil: Politics after Populism and Pandemic*, Londres y Nueva York, 2021.

prácticamente todos los actores políticos, pero también en un nuevo campo de batalla donde se enfrentan visiones radicalmente diferentes de nuestro futuro político»[15]. Dicho de otro modo, el neoestatismo se presenta como el nuevo sustrato de la retórica política en la totalidad del espectro del sistema de partidos, presentando no obstante diferentes matices de izquierda y derecha, progresistas y reaccionarios, inclusivos y xenófobos. Para Gerbaudo, esta nueva fisonomía de la política, catalizada por la experiencia de la COVID-19, surgió de una mezcla de opuestos: «La tesis neoliberal y la antítesis populista engendran una síntesis estatista, eclipsando muchos de los principios ideológicos centrales de la fase de expansión neoliberal»[16]. Puede que Gerbaudo exagere la coherencia intelectual del producto ideológico final, pero tiene razón al sugerir que la aguda antinomia de la década de 2010 entre los *establishments* neoliberales de los Estados occidentales y sus némesis populistas se ha difuminado en la década de 2020. Si tomamos como ejemplo a Trump, Biden, Macron y Meloni, no resulta en absoluto obvio que los dos supuestos «populistas» (Trump y Meloni) hayan sido menos o más neoliberales en el ejercicio de su cargo que los dos representantes del «*establishment*» (Biden y Macron).

Abundando en lo hasta ahora dicho, la superación del neoliberalismo como ideología dominante de los sistemas políticos occidentales queda vívidamente ilustrada por las transformaciones experimentadas por sus antiguos adalides. Biden, que apoyó las reformas neoliberales de forma sistemática como senador estadounidense desde la década de 1970 hasta la de 2000, dejó en gran medida de hablar su lenguaje tras entrar en la Casa Blanca. Como sugiere Adam Tooze, la legislación más significativa promulgada por el gobierno de Biden –la *Infrastructure Investment and Jobs Act* (2021), la *CHIPS and Science Act* (2022) y la *Inflation Reduction Act* (2022)– se basó en el fortalecimiento de la infraestructura industrial estadounidense y en el intento de contener a China, siendo el «productivismo nacional» el «denominador común de la política republicana y demócrata desde 2016»[17]. La ruptura con la concepción neoliberal de la vida económica quedó patente en abril de 2020, cuando Brian Deese, director del Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca, declaró que «la inversión pública estratégica debe servir de columna vertebral de

[15] *Ibid.*, p. 3.
[16] *Ibid.*, p. 8.
[17] Adam Tooze, «Great Power Politics», *London Review of Books*, vol. 46, núm. 21, 7 de noviembre de 2024.

una base industrial sólida»[18]. Tres años más tarde, Jake Sullivan, asesor de Seguridad Nacional de Biden, afirmó que «el postulado de que una profunda liberalización comercial ayudaría a Estados Unidos a exportar bienes, y no puestos de trabajo ni capacidad productiva, fue una promesa hecha, que, sin embargo, no fue cumplida [...]. Las sacudidas de la crisis financiera mundial y la pandemia global pusieron al descubierto los límites de estas hipótesis predominantes»[19].

Además de la sucesión de acontecimientos económicos y políticos desestabilizadores, que han azotado a Occidente desde 2008, otro factor de la recesión ideológica del neoliberalismo, menos mencionado, es el fenómeno del cambio generacional registrado en las elites, de políticos y funcionarios a periodistas, académicos y empresarios. No solo ha desaparecido hace tiempo el «colectivo de pensamiento neoliberal» original, sino que los discípulos directos de sus figuras más eminentes –como Friedrich Hayek, Wilhelm Röpke, Milton Friedman, James Buchanan y Gary Becker– también han superado con creces la edad de jubilación. Las figuras dirigentes de la política, la economía y la cultura en el momento del apogeo del neoliberalismo verificado en la década de 1990 ya no son, en su mayor parte, quienes toman las decisiones, siendo, por el contrario, cada vez más probable que los años de formación de los principales políticos, ejecutivos empresariales y «creadores de opinión»» se hayan solapado cada vez más con las crisis del neoliberalismo que con sus triunfos. En ausencia del «intelectual colectivo», que tanto contribuyó a difundir y afianzar las ideas neoliberales en las esferas del poder en las décadas de 1970 y 1980, no es de extrañar que desde los primeros años de este milenio el neoliberalismo haya sufrido una dilución ideológica gradual, crisis tras crisis.

3. POLÍTICAS

En el ámbito de las políticas públicas, las medidas neoliberales siguen figurando en las agendas de muchos gobiernos occidentales, aunque en su mayoría han quedado relegadas a un segundo plano ante el resurgimiento de un intervencionismo estatal discrecional, que se ha convertido

[18] Brian Deese, discurso en el Economic Club of New York, 20 de abril de 2020, disponible en línea.
[19] Jake Sullivan, discurso en la Brookings Institution, 23 de abril de 2023, disponible en línea.

en la principal orientación de la política económica. Este nuevo intervencionismo ha abarcado una amplia gama de objetivos e instrumentos, que pueden clasificarse en gran medida mediante las siguientes cinco categorías, que ocasionalmente se solapan:

Medidas de emergencia. Se trata de las intervenciones gubernamentales puntuales o de duración limitada destinadas a contener las consecuencias de diversos episodios amenazantes, como la crisis financiera de 2008, la crisis de la eurozona, la pandemia de COVID-19 y la invasión rusa de Ucrania, así como a evitar entretanto las quiebras de las principales instituciones financieras. La mayoría de estas medidas han consistido en la concesión de fondos o garantías a entidades privadas del sector financiero, del rescate de Northern Rock y el Royal Bank of Scotland por parte del gobierno británico en 2008 a la inyección de liquidez por parte del banco central suizo para permitir la adquisición de Credit Suisse, entidad financiera que se encontraba al borde del colapso en 2023, por UBS. En un número menor de casos, se salvaron empresas industriales, como cuando el Departamento del Tesoro estadounidense aportó más de 50 millardos de dólares al rescate de General Motors en 2009. Otras intervenciones a gran escala han tenido como objetivo salvaguardar los salarios de los trabajadores durante las recesiones, como atestiguan el sistema alemán de *Kurzarbeit*, que permitió a las empresas reducir el tiempo de trabajo mediante el subsidio público de las horas no trabajadas, o los expedientes de regulación de empleo de Rishi Sunak, e incluso respaldar el poder adquisitivo de la población en general, como sucedió en Estados Unidos en 2020 y 2021, mediante las tres rondas de «*stimulus cheques*», esto es, de pagos efectuados por el gobierno directamente a los individuos. En la medida en que no producen un cambio institucional duradero y pretenden principalmente preservar el *statu quo ante*, las intervenciones de esta categoría son las menos significativas. Sin embargo, han mostrado una tendencia inequívoca a ampliarse con el paso del tiempo, como atestigua las diferencias existentes entre las medidas correctivas de 2020 y las de 2008, pareciendo que cada nueva ronda de intervención eliminaba todavía más las inhibiciones neoliberales de los responsables políticos.

Respaldo monetario. Esta política se refiere sobre todo a la adquisición por parte de los principales bancos centrales occidentales –la Reserva Federal y el Banco Central Europeo, sobre todo– de grandes

cantidades de títulos valores en los mercados secundarios mediante la creación de dinero. El programa de «flexibilización cuantitativa» de la Reserva Federal se introdujo a finales de 2008 para estabilizar los mercados de capitales, mientras que el BCE comenzó a comprar títulos de deuda emitidos por los bancos y bonos soberanos a partir de 2009, acelerando sus compras a partir de 2015 a través de su Public Sector Purchase Programme. La pandemia provocó una nueva ronda de compras de activos por parte de los bancos centrales. La expansión de los balances de situación de la Fed y del BCE alcanzaron su máximo en la primavera de 2022, con 8,96 billones de dólares (equivalente a más del 35 por 100 del PIB estadounidense) y 8,77 billones de euros (equivalente a más del 65 por 100 del PIB de la zona euro), respectivamente[20]. Aunque nunca se describieron oficialmente ni se aceptaron conceptualmente como tales, estas operaciones suponen colocar este capital financiero bajo propiedad cuasi pública, ya que tanto la Fed como el BCE son organismos cuasi públicos. Además, en la medida en que los activos en cuestión han consistido en títulos de deuda pública, estas medidas han supuesto una financiación monetaria indirecta de los déficits públicos, una vez más, rara vez reconocida como tal[21].

Promoción industrial. Política conocida tradicionalmente como «política industrial», aunque las elites políticas occidentales actuales parecen preferir la expresión «estrategia industrial». Incluye una amplia panoplia de intervenciones destinadas a promover el desarrollo de sectores, tecnologías, cadenas de suministro y empresas específicos en nombre de una gama igualmente amplia de justificaciones, entre las que se incluyen, *inter alia*: la «seguridad nacional», la «resiliencia de la cadena de suministro», la «transición verde», la «soberanía digital» o el «dominio energético». Aunque nunca desapareció del todo del repertorio de los Estados occidentales, ni siquiera en el apogeo del neoliberalismo de finales del siglo XX, la política industrial ocupa ahora un lugar destacado en la formulación de las políticas de Estados Unidos y de la UE. Además del conjunto de medidas adoptadas por Biden, durante su segundo mandato

[20] Véanse, respectivamente, los Federal Reserve Economic Data (FRED) facilitados por el Banco de la Reserva Federal de St. Louis, disponibles en línea en fred.stlouisfed.org; y las cifras del balance de situación del Eurosistema facilitadas por el portal de datos del BCE, disponibles en línea en data.ecb. europa.eu.

[21] Véase Jens van 't Klooster, «Technocratic Keynesianism: A Paradigm Shift without Legislative Change», *New Political Economy*, vol. 27, núm. 5, 2022, p. 776.

Trump ha aprobado el «AI Action Plan» y el «America's Maritime Action Plan». Los planes industriales también han proliferado en Bruselas desde que Ursula von der Leyen asumió el cargo de presidenta de la Comisión a finales de 2019. Entre ellos se incluyen: el Pacto Verde Europeo, el programa de inversión NextGenerationEU, la Ley Europea de Chips, el Plan Industrial del Pacto Verde, la Ley de Materias Primas Críticas, la Ley de Industria Cero Emisiones, el Pacto Industrial Limpio y (actualmente en preparación) la Ley de Aceleración Industrial.

Participación accionarial del Estado. Esta política se refiere a la participación del Estado en el capital social de las empresas, ya sea en forma de propiedad total (como en el modelo tradicional de las industrias nacionalizadas), de propiedad parcial (siguiendo el modelo, por ejemplo, de Deutsche Telekom y Commerzbank en Alemania, Enel y Eni en Italia, u Orange y Renault en Francia) o, en un caso extremo, mediante acuerdos de «acción de oro», que otorgan derechos de voto especiales o poder de veto al Estado. En su conjunto, el valor de las participaciones empresariales controladas por el Estado en los países de la OCDE, medido como proporción del PIB, ha tendido a aumentar desde principios de la década de 2000[22]. En Europa Occidental, la participación estatal se concentra generalmente en los sectores de la energía, las telecomunicaciones, la banca y la defensa. Aunque es menos habitual en el capitalismo estadounidense, solo en el último año el gobierno de Trump ha anunciado inversiones de capital público en Intel, MP Materials, Lithium Americas, Trilogy Metals, Vulcan Elements, xLight, Atlantic Alumina y USA Rare Earth, así como la adquisición de una acción de oro en US Steel[23].

---

[22] Kyunghoon Kim, «Locating New "State Capitalism" in Advanced Economies: An International Comparison of Government Ownership in Economic Entities», *Contemporary Politics*, vol. 28, núm. 3, 2022.

[23] Michael Acton, Stephanie Stacey y James Fontanella-Khan, «US to Take Ten Per Cent Stake in Troubled Chipmaker Intel», *Financial Times*, 22 de agosto de 2025; Martha Muir y Steff Chávez, «Pentagon Strikes Investment Deal with us Critical Minerals Producer», *Financial Times*, 10 de julio de 2025; Jamie Smyth, Camilla Hodgson y Lauren Fedor, «White House Says It Will Take Ten Per Cent Stake in Trilogy Metals», *Financial Times*, 7 de octubre de 2025; Reuters, «US, Vulcan Elements Ink Deal to Boost Rare Earth Magnet Supplies», 3 de noviembre de 2025; Lee Chong Ming, «The US Is Taking a Stake in a Chip Startup Led by Intel's Ousted CEO», *Business Insider*, 2 de diciembre de 2025; Antoine Gara *et al.*, «US to Invest $1.6 billion into Rare Earths Group in Bid to Shore Up Key Minerals», *Financial Times*, 24 de enero de 2026; Steff Chávez y Camilla Hodgson, «Pentagon Invests $150 million in us Gallium Company to Secure Strategic Supplies», *Financial Times*, 12

> *Medidas dirigidas al exterior*. Se refiere a intervenciones, normalmente de carácter restrictivo u oneroso, diseñadas para aplicarse directamente a actores ubicados en el extranjero o controlados desde fuera del país. Abarca medidas relacionadas con el comercio, como aranceles, cuotas y otros impuestos y barreras a las importaciones, así como controles a la exportación, como las múltiples restricciones a la exportación de tecnologías de semiconductores adoptadas por Estados Unidos en los últimos años. Esta categoría también abarca medidas dirigidas a la inversión extranjera directa (por ejemplo, los mecanismos de verificación de la seguridad nacional), los flujos financieros internacionales y el aprovisionamiento público transfronterizo. Incluye también el uso de sanciones económicas y otros ejemplos de lo que se ha denominado «la interdependencia convertida en arma»: «aprovechar las redes globales de intercambio informativo y financiero para obtener determinadas ventajas estratégicas»[24].

¿Cuáles han sido los factores que han impulsado la propensión de los Estados occidentales a efectuar intervenciones económicas discrecionales con una frecuencia cada vez mayor y a una escala cada vez más amplia, lo cual ha supuesto la implicación de burocracias a menudo mal preparadas en el sector financiero y en el ámbito productivo y el abandono de toda apariencia de salvaguarda de la «competencia libre y justa» o de la «igualdad de condiciones»? Ya se han mencionado los efectos desestabilizadores de las crisis imprevistas. Ante la perspectiva de un contagio financiero destructivo, ya sea en 2008-2009, durante la crisis de la eurozona, al inicio de la COVID-19 o en casos posteriores de quiebras de instituciones financieras como el Silicon Valley Bank en Estados Unidos y Credit Suisse en Suiza, los gobiernos y los bancos centrales han abandonado los principios neoliberales precisamente para preservar las ventajas de las empresas ganadoras de la era neoliberal[25]. A largo plazo, es igualmente posible que los retos medioambientales –mitigar los impactos del cambio climático, adaptarse a un planeta en proceso de calentamiento– pasen a ocupar un lugar central en la expansión del nuevo intervencionismo.

---

de enero de 2026; Harry Dempsey y Leo Lewis, «Donald Trump Approves Nippon Steel's $15 billion Takeover of US Steel», *Financial Times*, 14 de junio de 2025.

[24] Henry Farrell y Abraham Newman, «Weaponized Interdependence: How Global Economic Networks Shape State Coercion», *International Security*, vol. 44, núm. 1, 2019.

[25] Sobre la respuesta estadounidense a la crisis de 2008, véase Leo Panitch y Martijn Konings, «Mitos de la desregulación neoliberal», *NLR* 57, julio-agosto de 2009.

Otro factor decisivo ha sido la presión ejercida por las rivalidades geopolíticas sobre la formulación de las políticas económicas de los Estados occidentales, línea de conducta conocida como «geoeconomía», la cual fue definida por Edward Luttwak hace treinta y seis años como «la lógica de la guerra inserta en la gramática del comercio»[26]. El aumento del poder chino ha sido un proceso que se ha prolongado durante décadas, pero hasta la segunda mitad de la década de 2010 no alcanzó una intensidad suficiente como para reorientar fundamentalmente la política exterior estadounidense a fin de afrontar las implicaciones existenciales de ese incremento para su hegemonía global. Este proceso de dolorosa toma de conciencia en Washington no ha sido nada fácil, pero uno de sus resultados más notables ha sido la emulación parcial, desequilibrada y en gran medida mal interpretada por parte de Estados Unidos de los rasgos de la planificación del desarrollo chino en sus propias iniciativas de política industrial bajo los mandatos de Biden y Trump. La ambición de la *Inflation Reduction Act* de acelerar el desarrollo de las energías renovables y la tecnología verde en Estados Unidos no se habría materializado de esta forma de no ser por el ejemplo del Estado chino, que está haciendo lo mismo. Se pueden identificar derivaciones de la política industrial china en la letra pequeña de los planes industriales presentados por Washington y, cada vez más, por Bruselas, aunque tal imitación burocrática, abstraída del funcionamiento concreto del aparato del partido-Estado chino, está plagada de obstáculos y posibles fracasos. Esta dinámica de imitación defectuosa, que podría denominarse «isomorfismo competitivo», es esencial para cualquier explicación del nuevo intervencionismo de Occidente[27].

En general, el aumento de las intervenciones multifacéticas de los Estados occidentales en la vida económica ha tenido como efecto desplazar al neoliberalismo como orientación incuestionable de la política

[26] Edward Luttwak, «From Geopolitics to Geo-economics: Logic of Conflict, Grammar of Commerce», *The National Interest*, núm. 20, verano de 1990, p. 19.
[27] La revista *Foreign Affairs*, con sede en Nueva York, ha publicado declaraciones sinceras en este sentido. Por ejemplo: «Otras grandes economías no tienen ahora más remedio que adoptar políticas comerciales e industriales, que reflejen algunos de los exitosos esfuerzos de la propia China», Aaron Friedberg, «Stopping the Next China Shock», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2024. «Si Estados Unidos quiere lograr resultados como los de China, tendrá que construir más al estilo chino, replicando ciertos aspectos de cómo Pekín organiza y moviliza su economía productiva, dando prioridad a la velocidad y la aglomeración», Damien Ma y Lizzi Lee, «An Industrial Policy with American Characteristics», *Foreign Affairs*, 1 de julio de 2025. Como dice el refrán, la imitación es la forma más sincera de halago.

económica. Sin embargo, esta evolución, que supone el fin del neoliberalismo «direccional» del pasado reciente, suscita algunas salvedades. En primer lugar, es más pronunciado en algunos ámbitos políticos que en otros. Mientras que la política de, por ejemplo, las cadenas de suministro críticas se han vuelto inequívocamente intervencionista, las cuestiones de redistribución y bienestar siguen sometidas a forcejeos partidistas, que no han cambiado fundamentalmente desde el siglo pasado. Los Estados del bienestar de Europa Occidental se encuentran en su mayor parte inmovilizados, aprisionados entre unos costes de pensiones y sanitarios en aumento estructural y la obsesión de los tecnócratas financieros por contener los déficits fiscales. La «*Big, Beautiful Bill*» de Trump de 2025 prescindió de los intentos fallidos de Biden por ampliar la red de seguridad social y retomó la tradición estadounidense de finales del siglo XX de recortes fiscales para los ricos y recortes del bienestar para los pobres.

En segundo lugar, las encarnaciones institucionales del intervencionismo actual llevan la impronta de la experiencia neoliberal, incluso cuando subvierten los preceptos del neoliberalismo. Esto es más visible en la interfaz del Estado con el mundo de las finanzas (el «nexo Estado-sector financiero»), ya que los Estados han aplicado a sus propias participaciones de capital principios que se asocian más fácilmente con el sector privado financiarizado, como la maximización del valor para los accionistas, la titulización de activos o la inversión de capital riesgo, que con cualquier modelo histórico de *dirigisme*[28]. La banca pública de desarrollo puede estar en auge en Europa, como sugiere el creciente peso del Banco Europeo de Inversiones de la UE, el KfW alemán o el Bpifrance francés; sin embargo, estas instituciones suelen operar en simbiosis con el capital financiero privado, ofreciendo garantías de crédito para «atraer» y «reducir el riesgo» de los inversores privados[29]. Una vez más, se produce una hibridación de antiguos opuestos en la que los tecnócratas gubernamentales están reutilizando medios neoliberales con fines intervencionistas.

[28] Karen Lai, «Financial Geography I: The State-Finance Nexus», *Progress in Human Geography*, vol. 47, núm. 4, 2023; Ilias Alami *et al.*, «Quo vadis Neoliberalism in an Age of Resurgent State Capitalism?», *Finance and Space*, vol. 1, núm. 1, 2024.
[29] Daniel Mertens *et al.* (eds.), *The Reinvention of Development Banking in the European Union: Industrial Policy in the Single Market and the Emergence of a Field*, Oxford, 2021; Angela Wigger, «The New EU Industrial Policy: Opening Up New Frontiers for Financial Capital», *Politics and Governance*, vol. 12, 2024; Franziska Cooiman, «The Limits of Derisking: (Un)conditionality in the European Green Transformation», *Competition and Change*, 26 de diciembre de 2023 (en línea).

4. RÉGIMEN

Modificar la orientación política de un Estado es una cosa; reestructurar el funcionamiento esencial de la economía es otra. Las reformas neoliberales impuestas en todo Occidente durante el último cuarto del siglo XX establecieron amplios sistemas institucionales, que abarcaban los sectores público y privado, para gestionar la vida económica. Estos, a su vez, permitieron nuevos patrones de actividad capitalista, que diferían notablemente de los de las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los economistas de la Escuela de Regulación francesa han denominado a estos dos aspectos –institucional y material– el «modo de regulación» y el «régimen de acumulación», que operan en cualquier época dada del capitalismo. En palabras de Robert Boyer, un régimen de acumulación puede definirse como «el conjunto de regularidades, que garantizan la evolución general y relativamente coherente de la acumulación de capital, es decir, que permiten la resolución o el aplazamiento de las distorsiones y desequilibrios a los que el proceso da lugar continuamente»[30].

En esos términos, el régimen de acumulación surgido de las décadas de predominio de las políticas neoliberales en Occidente sigue, en lo esencial, vigente hoy en día. A pesar del renovado intervencionismo público, la mayoría de los fundamentos macroinstitucionales previos de la era neoliberal siguen activos. La persistencia de este régimen puede rastrearse a través de sus características estructurales fundamentales. En el ámbito de la fiscalidad, las arquitecturas fiscales de los Estados occidentales no han sufrido reformas significativas en los últimos veinte años; tampoco los principales mecanismos de redistribución de la renta. Los niveles desiguales de tributación siguen reflejando capacidades diferenciales para trasladar la riqueza y los ingresos fuera de las fronteras nacionales: más bajos para las empresas (impuesto de sociedades) y los ricos en activos (rentas del capital), más altos para los asalariados (impuesto sobre la renta) y los consumidores (IVA en Europa). En el ámbito de la producción, los mercados de trabajo y las protecciones del empleo no han experimentado ninguna transformación fundamental en los principales Estados occidentales. Persiste el gradiente transnacional en los derechos laborales –despedir a un empleado con contrato

[30] Robert Boyer e Yves Saillard (eds.), *Regulation Theory: The State of the Art*, Londres, 2002, p. 335; ed. orig.: *Théorie de la regulation: L'état des savoirs* [1995], París, 2002; ed. cast.: *Teoría de la regulación: estado de los conocimientos*, Buenos Aires, 1997, 3 vols.

es más fácil en Estados Unidos que, por ejemplo, en Alemania–, mientras el precariado sigue aumentando. En cuanto a la gobernanza de las empresas, los ejecutivos de las mayores empresas occidentales siguen tendiendo a maximizar la rentabilidad a corto plazo para los accionistas en lugar de conceder prioridad a las ventas, la inversión, la innovación o incluso los beneficios, adhiriéndose al paradigma del «valor para el accionista», que se impuso en Estados Unidos en las décadas de 1970 y 1980 antes de extenderse por gran parte del mundo rico.

Un vector central de la acumulación de capital bajo el neoliberalismo ha sido la financiarización. Este término puede entenderse, según una definición a menudo citada, como «el papel cada vez mayor de los objetivos financieros, los mercados financieros, los actores financieros y las instituciones financieras en el funcionamiento de las economías nacionales e internacionales»[31]. La expansión multifacética del sector financiero ha sido un rasgo distintivo de la economía política de Occidente durante el último medio siglo, que se ha puesto de manifiesto, *inter alia*, en el aumento de la deuda de las empresas, los hogares y los gobiernos, muy por encima del ritmo de crecimiento del PIB; en el correspondiente aumento del valor agregado del valor de los títulos bursátiles y de otros activos financieros, desproporcionado en relación con el crecimiento del capital físico; en la proliferación de derivados financieros, en gran parte atribuible a la necesidad de protegerse contra la creciente volatilidad de los tipos de interés y de las divisas tras la revocación del sistema de Bretton Woods; en el auge de la actividad financiera transfronteriza, alimentada por el desmantelamiento de gran parte de los controles de capital mundiales impuesto en el apogeo del «Consenso de Washington» durante la década de 1990; y en el dominio político de las altas finanzas sobre la fracción del capital industrial y comercial, hasta el punto de que los financieros de Nueva York son descritos con toda naturalidad como los «amos del universo».

La crisis financiera de 2008, desencadenada por la implosión del mercado hipotecario estadounidense titulizado y cuyas repercusiones afectaron a todo el planeta, puso de manifiesto el carácter propenso a las crisis del capitalismo financiarizado centrado en Estados Unidos. Aunque en aquel momento la crisis pudiera parecer, de forma plausible, el fin del implacable ascenso del sector financiero, esto no ha

[31] Gerald Epstein, «Introduction», en Gerald Epstein (ed.), *Financialization and the World Economy*, Cheltenham, 2005, p. 3.

llegado a suceder. Desde 2008 el mayor intervencionismo de los bancos centrales occidentales no solo ha servido para salvaguardar la riqueza financiera acumulada, sino que ha respaldado la continua expansión financiera. Como resultado, la mayor parte de la dinámica de acumulación financiarizada anterior a 2008 persiste hoy en día, con solo algunas modificaciones, como la irrupción de los gestores de activos, siguiendo el modelo de BlackRock, Vanguard y State Street, que se han colado junto a los grandes bancos de inversión de Wall Street en la cúspide del sistema, o el frenesí por las criptomonedas, que alcanza nuevas cotas de exuberancia[32]. A pesar de las compras de activos por parte de los bancos centrales y del moderado avance de la banca de desarrollo pública, la abrumadora mayoría del capital financiero occidental sigue en manos privadas, situación que contrasta con el sistema financiero dominado por el Estado imperante en China. En ningún lugar de Occidente se han reimpuesto los controles de capital; de hecho, nunca se ha debatido siquiera esta posibilidad.

Solapándose con la financiarización, otra piedra angular del régimen de acumulación neoliberal ha sido la «globalización». A partir de la década de 1970 y alimentándose de la agenda neoliberal de «apertura» internacional, el movimiento transfronterizo de bienes, servicios y capital experimentó un crecimiento explosivo que, con el tiempo, hizo que las estrategias de acumulación capitalista más sustanciales dependieran de canales transnacionales. A partir de la década de 1990, China ocupó un lugar central en el nexo entre globalización y financiarización, ya que la inversión extranjera en el sector industrial chino alimentó la maquinaria de exportación «Made in China», la cual generó el superávit comercial y excedente de reservas de divisas, que China, a su vez, reinvirtió en el mercado de bonos del Departamento del Tesoro estadounidense[33].

Las consecuencias de la crisis de 2008 provocaron una fuerte desaceleración del crecimiento del comercio internacional y de la circulación transnacional de capital, pero en ningún sentido supusieron un retroceso en la escala material de la globalización. Lo mismo puede decirse de la pandemia del coronavirus, de las guerras comerciales de Trump, de la invasión rusa de Ucrania y de la escalada de la contienda geoeconómica

[32] Véase Jan Fichtner *et al.*, «Hidden Power of the Big Three? Passive Index Funds, Re-Concentration of Corporate Ownership and New Financial Risk», *Business and Politics*, vol. 19, núm. 2, 2017.
[33] Ho-fung Hung, «China, ¿la criada de Estados Unidos?», *NLR* 60, enero-febrero de 2010.

entre China y Estados Unidos durante los últimos años. Si bien estos acontecimientos han causado perturbaciones significativas en la extensa superficie de la globalización y han provocado estragos en áreas concretas de la misma, no han roto la internacionalización de la vida económica como tal. Las empresas occidentales están tan enredadas en las cadenas de suministro globales y la riqueza occidental tan arraigada en los circuitos financieros internacionales, que solo cataclismos mucho mayores podrían convertir el espectro de la «desglobalización» en una realidad. A medida que la creciente politización de los mercados obliga a las multinacionales a ponderar las opciones de alinearse con Estados proteccionistas y de protegerse frente a sujetos soberanos poco fiables, cabe argumentar que la globalización podría estar volviéndose algo menos «neoliberal» y algo más «geoestratégica»[34]. Desde el punto de vista del capital empresarial, esto añade capas de complicación al juego de la globalización, pero no hace que el juego en sí mismo sea menos relevante.

5. HETERODOXIAS

Dos importantes pensadores heterodoxos de la economía política han presentado interpretaciones de las transformaciones contemporáneas del neoliberalismo, que difieren notablemente del diagnóstico ofrecido anteriormente. Wolfgang Streeck, sociólogo económico de formación y actualmente director emérito del Instituto Max Planck para el Estudio de las Sociedades en Colonia, ha desarrollado en los últimos quince años un amplio estudio de los desórdenes contemporáneos de las sociedades capitalistas avanzadas[35]. La piedra angular de este análisis es lo que él denomina una «secuencia de crisis democrático-capitalistas», que comenzó en la década de 1970 y se ha desplegado durante medio siglo[36]. Esta secuencia, en opinión de Streeck, se ha desarrollado en cuatro fases, cada una de las cuales ha desplazado el quid del desequilibrio capitalista de un ámbito a otro. Inicialmente, la crisis inflacionaria de la década de

[34] Seth Schindler y Steve Rolf, «Geostrategic Globalization: US-China Rivalry, Corporate Strategy and the New Global Economy», *Globalizations*, vol. 22, núm. 6, 2025.

[35] Véase, en particular, Wolfgang Streeck, *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*, Londres y Nueva York, 2016 [ed. cast.: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017] y Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism* [2013], Londres y Nueva York, 2014; ed. cast.: *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires y Madrid, 2016.

[36] W. Streeck, *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*, cit., p. 94.

1970, avivada por la crisis del petróleo y las reivindicaciones salariales de la clase obrera, llevó a los bancos centrales a adoptar el monetarismo y a la supresión del poder sindical bajo los primeros embates neoliberales de la década de 1980. Tras haberse domado tanto la inflación como la militancia obrera, la persistencia de tipos de interés más elevados y los crecientes compromisos derivados del Estado del bienestar produjeron un fuerte aumento de la deuda pública en un marco condicionado y magnificado por la rápida expansión de los mercados financieros. Una tercera etapa se verificó en la década de 1990 cuando, a medida que el sector financiero privado comenzó a cuestionar la capacidad de los Estados occidentales para pagar sus deudas, los gobiernos impusieron políticas de austeridad y la deuda de los hogares ocupó el lugar de los déficits públicos como nueva palanca de la acumulación capitalista. Finalmente, tras la implosión del mercado de deuda privada en 2008, el mundo rico entró, en opinión de Streeck, en una cuarta fase en la que las juntas de los bancos centrales, que no rinden cuentas democráticamente, sustituyeron a los debilitados gobiernos electos como principales agentes de la política económica, manteniendo a flote los mercados financieros mediante la flexibilización cuantitativa sin ofrecer una vía creíble hacia la recuperación económica.

En un presente tan sombrío, prevé que el estancamiento del crecimiento, el aumento de la desigualdad y el aumento de la deuda se fortalecerán recíprocamente sin que se vislumbre una salida a tal situación. Esto, conjetura Streeck, podría señalar el punto final de nuestra era capitalista *tout court*, lo que conduciría a un «interregno poscapitalista» en el que la legitimidad política habría desaparecido hace tiempo y las instituciones sociales se disolverían, pero la acumulación de capital persistiría, mientras una clase obrera atomizada seguiría adhiriéndose al *ethos* de individualismo competitivo a la vez «hedonista» (en el consumo) y «neoprotestante» (en la producción): enfermizos vestigios culturales de los mejores días del neoliberalismo[37].

La prosa contundente de Streeck tiene una cualidad magnética poco común entre los académicos activos en el campo de la economía política. También muestra una formidable capacidad para descubrir relaciones recíprocamente constitutivas entre lo financiero y lo político: las sucesivas etapas del avance de la financiarización han sido tanto posibilitadas por los cambios registrados en el ámbito de la lucha política y por las transformaciones verificadas en el carácter de las instituciones estatales,

[37] *Ibid.*, p. 45.

como ambos procesos han sido conformados por aquella. De manera reveladora, Streeck no considera que las ideas, las políticas y las instituciones neoliberales hayan sustentado un periodo coherente de desarrollo capitalista desde la década de 1970 en la misma medida en que lo hizo el «vínculo keynesiano, que unía los beneficios de los ricos a los salarios de los pobres» durante las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial[38]. Mientras que el modelo de la Escuela de la Regulación –o, de hecho, una periodización marxista básica– identificaría dos épocas capitalistas sucesivas, a saber, una «keynesiana» seguida de una «neoliberal», la exposición de Streeck implica un desequilibrio ontológico entre ambas. En su opinión, el «matrimonio forzado de posguerra entre el capitalismo y la democracia», que permitió «un crecimiento constante, una moneda sólida y un mínimo de equidad social», hizo posible un «equilibrio» económico que ningún gran país capitalista ha experimentado «desde el fin del crecimiento de posguerra a finales de la década de 1960»[39]. Por un lado, antes de 1970, crecimiento, equilibrio y democracia; por otro, una secuencia interminable de crisis, cada una de las cuales definida por el uso de recursos temporales, que solo «compraban tiempo» hasta la llegada del merecido castigo final de la sociedad capitalista. El razonamiento de Streeck flaquea en el punto en que sugiere que lo que se perdió en el momento de la transición neoliberal –a saber, una versión más democrática, equitativa o legítima de la sociedad capitalista– contenía los ingredientes indispensables para la reproducción del capitalismo. Al convertir implícitamente la *soziale Marktwirtschaft* [economía de mercado] alemana o la Gran Sociedad de Johnson en los faros contra los que evaluar los desarrollos capitalistas posteriores, estos no pueden sino caracterizarse de forma negativa, midiéndose el alcance de sus fracasos por la distancia que los separa económica y políticamente de estos precedentes localizados. El registro histórico en su *longue durée*, sin embargo, cuenta una historia diferente: la sociedad capitalista apenas requiere los ingredientes antes mencionados para su desarrollo y expansión y mucho menos para su supervivencia.

La obra de Branko Milanovic, *The Great Global Transformation*, publicada este año, ofrece otra lectura de la coyuntura que puede contraponerse a la expuesta en este artículo[40]. Antiguo economista del Banco Mundial y

[38] *Ibid.*, p. 68.
[39] *Ibid.*, p. 20, 47, 16.
[40] Branko Milanovic, *The Great Global Transformation: The United States, China and the Remaking of the World Economic Order*, Chicago (IL), 2026.

actualmente profesor en la City University of New York, Milanovic es una figura poco convencional dentro de su disciplina. Conocido sobre todo como estudioso de la desigualdad de los ingresos a escala mundial, sus interpretaciones abarcan una impresionante amplitud temporal y espacial, así como una dilatada sensibilidad política, que corre de Montesquieu a Lenin y Schumpeter pasando por Polanyi. En opinión de Milanovic, el neoliberalismo ha sido derrocado durante la última década por las repercusiones políticas de los dos procesos históricos más significativos, que puso en marcha: el ascenso de una nueva elite enormemente rica, por un lado, y el auge de China, por otro. Califica a los ricos de la era neoliberal de «*homo plutocrático*», es decir, con tendencia a ser simultáneamente ricos en ingresos y en capital, combinando elevados salarios y bonificaciones empresariales con recursos procedentes de los activos financieros (una desviación, señala, de los patrones anteriores de estratificación capitalista). De acuerdo con su análisis, la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias pusieron al descubierto ante el electorado estadounidense los privilegios de esta elite *homoplutocrática*, que primero se benefició del auge financiero y luego fue rescatada por Washington de la quiebra del mismo, mientras que los costes de la recesión recayeron sobre el conjunto de la población. En el mismo periodo, la deslocalización de la producción a China provocó pérdidas de empleo e ingresos entre los trabajadores y trabajadoras estadounidenses, mientras que los estratos más privilegiados de la sociedad china iban ascendiendo poco a poco en las tablas de ingresos mundiales hasta el punto de superar a los deciles más bajos de Estados Unidos.

En opinión de Milanovic, estos acontecimientos interrelacionados provocaron la oleada de descontento político, que condujo a la victoria de Trump en 2016. Este acontecimiento decisivo marcó el fin de la hegemonía del neoliberalismo: desde entonces, la totalidad del *establishment* político estadounidense ha dado la espalda a la globalización y ha convertido en su prioridad frenar el ascenso de China en un intento por contener la amenaza política, que plantean los propios «descontentos» de Estados Unidos. De acuerdo con Milanovic, en China y Rusia se han producido reacciones adversas similares contra los nuevos ricos, de tal manera que Xi y Putin, al igual que Trump, pretenden ahora a «frenar o controlar el ascenso hacia el dominio económico y político absoluto de las elites desmesuradamente ricas y detener o revertir la globalización, considerada como causalmente vinculada a su ascenso»[41]. El resultado

[41] *Ibid.*, p. 141. «Así, cada uno de estos tres líderes procedía del propio sistema de acumulación de riqueza y poder de los ricos, que ahora luchan por controlar. Y

de estos acontecimientos, en opinión de Milanovic, es que el neoliberalismo global ha sido sustituido por un «nuevo modelo de gobierno», a saber, el «liberalismo de mercado nacional», que consiste en descartar el aspecto globalista del neoliberalismo al tiempo que se conserva su componente interno: «políticas liberales limitadas a los mercados nacionales y mercantilismo en el exterior»[42]. Este nuevo modelo, nacido de la «contrarrevolución» contra el neoliberalismo global, se adapta al carácter cada vez más nacionalista de la política interna y acompaña a la transición en curso de un orden mundial unipolar a uno multipolar.

El análisis de Milanovic tiene un atractivo toque marxista-hegeliano: el globalismo neoliberal actúa como su propio sepulturero al generar el agente político –en forma de las ciudadanías descontentas de Occidente– que finalmente lo derriba. Además, al establecer una distinción entre los componentes internacionales y nacionales del neoliberalismo, parece ofrecer una respuesta clara al dilema posneoliberal. El intento, sin embargo, no resulta convincente. Como he señalado precedentemente, muchas de las modalidades actuales del resurgido intervencionismo estatal de Occidente operan principalmente a escala nacional (medidas de emergencia, respaldo monetario) o combinan objetivos nacionales con consideraciones internacionales de formas que desmienten una demarcación clara entre ambos (promoción industrial, participación estatal en el capital). Milanovic define a la «elite» o «clase dominante» *homoplutocrática* como un grupo compuesto por individuos situados simultáneamente en los deciles superiores de los ingresos y la riqueza; sin embargo, este grupo, cuyos niveles de ingresos y riqueza abarcan el 10 por 100 superior de sus respectivas distribuciones, es demasiado amplio para identificarse con un estrato «dominante» en un sentido cualitativo. Muchos «descontentos» estadounidenses de la derecha y la izquierda se encuentran en este decil superior, si no en el 1 o el 0,1 por 100 del mismo[43]. Además, presentar a Trump como una figura antiplutocrática exige un gran esfuerzo de imaginación, teniendo en cuenta el descarado cortejo mutuo, que se está produciendo actualmente entre la Casa Blanca y los grandes capitalistas de todo tipo. Por último, la forma

cada uno de ellos, como Moisés en su reacción contra los faraones, arremetió contra quienes le habían encumbrado al poder, no solo por motivos personales, sino porque encontró una audiencia dispuesta a seguirle y a concederle el poder», pp. 143-144.

[42] *Ibid.*, p. 158.

[43] Véase el argumento expuesto por Julius Krein, «The Real Class War», *American Affairs*, vol. 3, núm. 4, invierno de 2019.

en que Milanovic señala los factores, que impulsan el declive del neoliberalismo es demasiado limitada. No contempla la posibilidad de que la propia elite empresarial o partes de ella tenga un interés material en la adopción de políticas económicas contrarias a los preceptos neoliberales. Tampoco considera la justificación geopolítica, contrapuesta a la meramente electoral, para que Estados Unidos cambie el rumbo del globalismo neoliberal en respuesta al formidable desafío, que supone el auge industrial y tecnológico de China[44].

6. CLASE

¿Qué lecciones pueden extraerse, entonces, del panorama desigual de Occidente en la década de 2020? La doctrina neoliberal ya no proporciona el marco dominante del discurso político mayoritario y la agenda neoliberal ya no define la dirección principal de la política económica. En su lugar, elementos de una sensibilidad más proteccionista y estatista han impregnado las esferas públicas occidentales, mientras que los responsables políticos han implementado un mosaico de medidas intervencionistas que, en su conjunto, sugieren una ruptura con el neoliberalismo programático, pero que no equivalen a una agenda de transformación económica estructural. Como resultado, la arquitectura institucional de la vida económica y los patrones de la acumulación capitalista siguen siendo muy similares a lo que eran a principios de siglo. La financiarización y la globalización, los dos procesos materiales interrelacionados más significativos de la era neoliberal, siguen siendo fundamentales para las estrategias de acumulación de las grandes corporaciones empresariales y de los ricos. A lo sumo, están adoptando gradualmente un carácter más politizado o «estatista», «geopolítico» o «geoeconómico», lo cual impone nuevos tipos de riesgos y promete nuevas formas de recompensa. Con el tiempo, tales tendencias,

[44] Refiriéndose a la línea de pensamiento de Hobson-Lenin-Luxemburg sobre el imperialismo, Milanovic escribe: «Al igual que en la teoría tradicional de la competencia imperialista, la raíz del problema no está en las relaciones internacionales, sino en la economía nacional. Esta se extiende de la economía nacional a la política nacional y de ahí al ámbito internacional. Esto es exactamente lo que ocurrió con las relaciones sino-estadounidenses», *The Great Global Transformation: The United States, China and the Remaking of the World Economic Order*, cit., p. 75. Esta caracterización, sea o no fiel a la tradición intelectual en cuestión, parece negar la posibilidad de que las relaciones contemporáneas entre Estados Unidos y China puedan en parte estar determinadas *tout court* por la rivalidad militarizada entre dos organizaciones estatales poderosas y ambiciosas.

especialmente si se combinan con episodios de crisis más agudos, podrían quebrar la globalización, la financiarización, o ambas, pero contemplado el cuadro en el momento presente este no es, sin embargo, el desenlace más probable.

Entre otras consecuencias, esta configuración, que ya se sitúa más allá del neoliberalismo en algunos planos, pero sigue dentro de él en otros, ha provocado una pérdida de coherencia tanto de la doctrina como de las políticas. Las crisis inesperadas, la volatilidad política y la rivalidad geopolítica han dado lugar a una sucesión de intervenciones económicas que, a su vez, hacen que gran parte de la agenda neoliberal parezca irrelevante para las exigencias de la coyuntura. En este contexto, como observa Rune Møller Stahl, la única profesión que sigue anclada en el consenso anterior a 2008, a saber, la teoría económica dominante, ha visto cómo su experiencia y sus consejos quedan cada vez más marginados en el diseño de las políticas de la nueva «geoeconomía»[45]. Fuera de la teoría económica ortodoxa, existe una fuerte tendencia en la economía política, que va de la Escuela de la Regulación a la teoría de las «estructuras sociales de acumulación» estadounidense y los enfoques más convencionales de las «variedades del capitalismo», a destacar la coherencia de los órdenes institucionales del capitalismo y, a la inversa, a equiparar la incoherencia con un mal funcionamiento sistémico. Esto, sin embargo, puede convertirse fácilmente en una falacia intelectualista: esperar, en aras de la teoría, una congruencia que el mundo en realidad no necesita. En la actualidad, el régimen de acumulación imperante no parece tambalearse más de lo que lo hacía, digamos, hace una década. El sistema está aprendiendo a vivir, por ahora, con una ausencia de integridad doctrinal.

Al echar la vista atrás al último medio siglo, se pueden identificar tres sub periodos de la era neoliberal occidental. La década de 1970, y especialmente la de 1980, fue una época de neoliberalismo combativo. A medida que se desmantelaba el acuerdo keynesiano de posguerra, los defensores intelectuales y políticos del neoliberalismo impusieron reformas

[45] «Los debates sobre macroeconomía y estrategias geoeconómicas están cada vez más desvinculados de los debates en el ámbito de la profesión económica. Se basan, en menor medida, en un conjunto coherente de modelos o en un paradigma científico establecido y dependen menos de la legitimación que les otorga el sello profesional de la aprobación académica», Rune Møller Stahl, «The End of Economics Hegemony? Studying Economic Ideas in a Post-Neoliberal World», *Review of International Political Economy*, vol. 32, núm. 4, 2025, p. 1268.

transformadoras en áreas neurálgicas de la economía frente a unas ciudadanías en su mayoría recalcitrantes o indiferentes. Tras la caída de la Unión Soviética, a medida que la actividad económica transfronteriza alcanzaba nuevas cotas y la valoración de los activos financieros se disparaba durante las décadas de 1990 y 2000, el neoliberalismo vivió sus años de apogeo, transformándose en un consenso de las elites en medio de la atmósfera del «fin de la historia». Sin embargo, al haberse convertido en sabiduría convencional, inevitablemente comenzó a perder agudeza intelectual justo cuando sus recetas se aplicaban de forma más exhaustiva que en cualquier otro momento anterior o posterior. La crisis de 2008 interrumpió esos tiempos triunfales. Desde entonces, el neoliberalismo en Occidente ha experimentado un retroceso desigual, fragmentario e incompleto.

En medio de una coyuntura económica cada vez peor para la mayoría de la población, aunque no para los muy ricos, caracterizada por el incremento del desempleo, la austeridad presupuestaria y la caída de los salarios reales, el clima ideológico ha cambiado significativamente. Las fuerzas políticas ostensiblemente hostiles al orden neoliberal se han acercado y en ocasiones han cruzado el umbral del poder. Las voces intelectuales críticas con el *statu quo* económico han gozado de una visibilidad mucho mayor que en décadas anteriores, en particular cuando han sabido sortear la división entre moderados y radicales, como demuestran las auras mediáticas de Thomas Piketty en la década de 2010 o de Adam Tooze en la actual. En cuanto al panorama político, este se ha vuelto heterogéneo: una amalgama incómoda de un nuevo impulso intervencionista con los vestigios de los mejores días del neoliberalismo. Si bien el neoliberalismo ha sufrido un declive y un desplazamiento, la era neoliberal en sí misma todavía no ha llegado a su fin, ya que el capital sigue acumulándose según las líneas establecidas por él[46].

La única constante histórica a lo largo de estas tres fases del neoliberalismo durante el último medio siglo ha sido el ascenso de una misma elite capitalista. La dominación de clase es el hilo conductor que une toda

[46] «El "posneoliberalismo" no puede referirse tan solo a algo, que venga exclusivamente después del neoliberalismo, sino en realidad [...] a un conjunto de racionalidades emergentes, de críticas, de movimientos y de reformas, que echan raíces en las sociedades neoliberales y comienzan a debilitar o transformar los principios clave de la razón y la política neoliberales», William Davies y Nicholas Gane, «Post-Neoliberalism? An Introduction», *Theory, Culture and Society*, vol. 38, núm. 6, 2021, pp. 4-5.

la trayectoria del neoliberalismo hasta la fecha, de las reformas pioneras de las décadas de 1970 y 1980 a la disolución doctrinal y el mosaico de políticas del momento presente. Cabe recordar, que, durante las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las empresas multinacionales eran una rareza y muchos Estados occidentales mantenían controles de capital, confinando la riqueza privada dentro de las fronteras nacionales. Las diferencias de ingresos se veían contenidas, entre otros factores, por la aplicación de elevados tipos impositivos marginales y por la existencia de movimientos obreros más fuertes. La adopción del neoliberalismo en el último cuarto del siglo XX, junto con la financiarización y la globalización que este contribuyó a impulsar, liberó la acumulación de riqueza empresarial y personal.

Estos patrones de comportamiento persisten hoy en día y, en todo caso, se están intensificando. En Estados Unidos la riqueza nominal del 1 por 100 más rico aumentó el 42,8 por 100 en la década de 2000, a pesar del estallido de la burbuja de las empresas puntocom y de la crisis de 2008, el 103,8 por 100 en la década de 2010 y el 49,3 por 100 solo durante la primera mitad de la década de 2020; ajustadas por la inflación, las cifras respectivas son el 11,3, el 71,3 y el 40,1 por 100[47]. En 2024 los beneficios empresariales agregados de Estados Unidos se situaban en 3,8 billones de dólares, lo que equivale al 13 por 100 del PIB, experimentando esta última cifra una tendencia al alza continua desde la década de 1990[48]. En cuanto al índice bursátil S&P 500, desde 2000 ha pasado de 1469 (1 de enero de 2000) a 6846 (1 de enero de 2026), lo cual arroja un crecimiento acumulado del 366 por 100 en términos nominales o del 242 por 100 en términos ajustados por la inflación. Tal vez exista una burbuja especulativa en torno a la inteligencia artificial y quizá las repercusiones de la guerra en Irán pasen factura a los mercados financieros, pero, no obstante, los patrones históricos asociados a los estallidos de otras burbujas y cracs bursátiles apenas sugieren que el mercado de valores estadounidense sea susceptible de caer por debajo del nivel alcanzado en 2020 y, mucho menos, en 2008 o 2000. Aunque no puede decirse lo mismo de la gran mayoría de la población trabajadora, los estratos

[47] Federal Reserve Economic Data (FRED), serie WFRBLT01026, «Net Worth Held by the Top 1 Per Cent». Para las cifras de inflación acumulada, véase el Bureau of Economic Analysis de Estados Unidos, disponible en línea en bls.gov/data.

[48] Para las cifras de beneficios empresariales de Estados Unidos, véase el Bureau of Economic Analysis de Estados Unidos, Cuentas nacionales de ingresos y producto (National Income and Product Accounts, NIPA), Table 1.12 «National Income by Type of Income», disponible en línea en bea.gov/tools.

más privilegiados de Occidente siguen obteniendo muy buenos resultados gracias al régimen de acumulación imperante. Visto desde arriba, es decir, desde la perspectiva de los propios capitalistas, el modo de producción goza de excelente salud.

Una expectativa común en la literatura académica sobre los regímenes de acumulación es que cualquier transición trascendental que se aleje del neoliberalismo debería implicar una secuencia de acontecimientos análogos, o simétricos, a la transición previa hacia el mismo. El régimen de acumulación de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, ya fuera calificado de «keynesiano», «fordista», «regulado» o *dirigiste*, se vio acosado por una crisis de rentabilidad durante la década de 1970 en un contexto de militancia obrera e inflación salarial. El gobierno de Thatcher y el de Reagan llegaron al poder con planes para implementar medidas, que debían acabar tanto con el estancamiento capitalista como con el punto muerto político, logrando en gran medida ambas cosas. Sin embargo, siempre ha sido realmente improbable que el alejamiento del neoliberalismo vaya a ajustarse a una secuencia tan reconocible de crisis de acumulación, lucha de clases y, en última instancia, resolución política. Por el contrario, el actual retroceso del neoliberalismo se está produciendo de forma fragmentaria y tácita. No está impulsado por políticos e intelectuales, que actuarían como vanguardia de una guerra de clases, porque esa batalla la ganó hace mucho tiempo el bando capitalista, sino por una clase gobernante, guardiana del régimen vigente, que básicamente considera, que está reaccionando del mejor modo posible ante sucesivas conmociones imprevistas y que está enfrentándose, como cree que debe hacerlo, al formidable desafío geopolítico lanzado por China. En tal coyuntura, el apego al concepto gramsciano de un interregno histórico no pasa la prueba. No hay crisis orgánica de la que hablar. El régimen de acumulación está sólidamente arraigado y le va bien de acuerdo con su propia lógica. No es que lo viejo esté muriendo y lo nuevo no pueda nacer. Lo nuevo ya está ocupado sustituyendo a lo viejo, solo que este proceso se está desarrollando gradualmente, desprovisto de doctrina y de coordenadas teóricas, guiado por el *establishment* y ajustándose a los intereses de los ya privilegiados.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual *(6 números)*

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:
http://traficantes.net/nlr/suscripcion
Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net